

PCE:

La sombra de la escisión

Después del CC de los días 6 y 7 de marzo, la crisis del PCE ha avanzado un poco más en dirección a la ruptura. Una serie de importantes acontecimientos próximos —el congreso del PSUC, los intentos de Iglesias de hacer congresos extraordinarios en Madrid y el País Valenciá, la Conferencia prevista para finales de mes— van a permitir comprobar si se traduce en la práctica la dinámica escisionista existente en la dirección del partido. Conviene esperar y ver cómo se desarrollan estos acontecimientos; francamente, no es fácil creer que Iglesias o Carrillo, estén buscando realmente que se consuma la ruptura que ambos están atizando.

Porque existe una contradicción muy clara entre lo que los

dos jefes de fracción están haciendo en los últimos días —Iglesias empujando a Carrillo a la ruptura; Carrillo empujando a Iglesias a hacer expulsiones; los dos tratando de echarse mutuamente la responsabilidad de la ruptura y poniendo como condición de "pacificación" la capitulación política del adversario ante el caballo de batalla formal de la pelea: la "convergencia"— y el pronóstico, tan evidente que las dos fracciones deben comprenderlo, de que una ruptura, al menos a corto plazo, les perjudica gravemente a ambos.

Vamos ahora a comentar los hechos recientes, dejando para más adelante un análisis de conjunto sobre la evolución de la crisis.

Miguel Romero

La última batalla comenzó con la conferencia de Gerardo Iglesias en el Club Siglo XXI. El contenido de la conferencia tiene poquísimo interés: es la enésima prueba de la vaciedad ideológica y política del "eurocomunismo tardío" que arrastra la mayoría del PCE. Es verdad que algunas cosas quedaron más claras, aunque no son nuevas: por ejemplo, la explicación claramente electoral de la "convergencia" y de su objetivo de "reequilibrar la izquierda", en sentido parlamentario, por supuesto. Esta explicación demuestra que la "alternativa de progreso" no pretende constituir una oposición radical política y social al PSOE, sino más bien forzar un compromiso con él, digamos, un "cambio reequilibrado".

El vaporoso contenido que dió Iglesias al programa de dicha alternativa es coherente con sus objetivos: un reformismo lírico, que no debió provocar la menor inquietud entre la oligarquía ilustrada que compone el club Siglo XXI. Iglesias propone una "convergencia de reformistas". En este sentido, no le falta razón a Carrillo cuando considera esto una "pijada". Las fuerzas políticas que el PCE puede atraer a tal proyecto son socialmente insignificantes. Y las fuerzas que son socialmente significativas no van a converger, ni siquiera a reconocerse en un proyecto así. El terreno común, donde puede converger los movimientos sociales está en dirección a la ruptura, no a la reforma del sistema.

Los diez mandamientos

Inmediatamente después de su conferencia, Iglesias presentó en el CE, y después en el CC, el "decálogo" que, según él, debería permitir la pacificación del partido. La tal "pacificación" equivale a las condiciones en que la mayoría del PCE está dispuesta a tolerar una fracción minoritaria. Estas condiciones se resumen en dos: que no sea una "fracción pública" y que no controle ningún órgano importante del partido. Es decir, la fracción debe convertirse en una inofensiva "corriente de opinión" que sirva para dar una imagen de "pluralismo", diversidad "cultural", etc., según el modelo soñado del PC italiano. Como se sabe, este modelo tiene una regla

básica, que no es la disciplina de acción, legítima en una organización política democrática, sino la "disciplina de aparato", según la cual, una minoría tiene derecho a existir siempre que renuncie a toda posibilidad de convertirse en mayoría.

Por supuesto, el decálogo es inaceptable para la fracción Carrillo e Iglesias lo sabe perfectamente. La táctica de la mayoría parece ser aparecer ante el partido con una imagen integradora y, a la vez, ir ganando victorias parciales que arrinconen a la minoría: está claro que lo único que interesa verdaderamente a Iglesias de todo el decálogo es hacerse con la dirección de Madrid y el País Valenciá. El riesgo que corre es precipitar una ruptura en ambas locali-

dades que podría desencadenar un proceso irreversible. La baza que tiene a su favor es el oscuro porvenir de Carrillo y su fracción, pero sobre todo de él, en el exterior del PCE.

La táctica de Carrillo parece ser producir un desgaste permanente de la mayoría sobre la base de mantener una rebeldía sistemática hacia el secretariado, "Estado Mayor" de la fracción de Iglesias. Carrillo cuenta con la debilidad política y organizativa de la mayoría (política, por las escasas posibilidades de realización de la "convergencia"; organizativa, porque un sector considerable de la mayoría está ya en posiciones realmente "liquidadoras", muy cercanas a los antiguos "renovadores"). En estas condiciones, si consigue mantener firme a su fracción, la progresiva parálisis del partido y un posible fracaso electoral, podría cambiar las relaciones de fuerzas y devolverle el control del partido, de un partido, eso sí, destrozado, a medio plazo.

Cada fracción ha colocado una bomba de relojería bajo el asiento de la otra y no parece que haya voluntad de desactivarlas. El problema es cual estallará antes. Los datos que lleguen las próximas semanas permitirán precisar más el análisis de la situación y de sus efectos en el PC y, sobre todo, en CCOO. □

7º CONGRESO

Un reto importante

Jaime Pastor

El debate que está desarrollando la LCR de cara a su próximo Congreso tiene una trascendencia mayor de la que muchos y muchas podíamos pensar desde que se iniciara hace más de un año en sus organismos de dirección. A medida que se han ido definiendo las posiciones sobre los temas más polémicos, hemos podido comprobar que lo que está en juego es la posibilidad real de que nuestro partido continúe su evolución iniciada en el anterior Congreso, tanto en lo que se refiere a la actualización y renovación del ideario comunista como en todo lo que afecta a la construcción de un instrumento eficaz para llevarlo a la práctica en el futuro.

En mi opinión, los proyectos de resolución presentados por la mayoría de la dirección (y su versión resumida aparecida en Combate-Zutik! nº 373) reflejan sin duda una voluntad de mejorar análisis de la problemática de la crisis mundial (aunque siga sin destacarse suficientemente las consecuencias de esa crisis en los países del Tercer Mundo y, también, en los del mal llamado "socialismo real") y los intentos de respuesta estratégica a

ofrecer, especialmente en el contexto de la Europa capitalista. También el balance de la evolución surgida en esta parte del viejo continente desde mayo del 68 dentro del movimiento obrero y de la izquierda revolucionaria, contiene elementos positivos, al igual que otros aspectos sobre los que no me puedo extender aquí.

Pero allí donde algunos camaradas consideramos que se ha dado un paso atrás respecto al pasado Congreso, es en lo que se refiere al proyecto de convergencia de los revolucionarios. La apuesta por esa orientación supuso un salto adelante en la historia de nuestra corriente, en su alejamiento de otras procedentes del trotskismo y en su acercamiento a otras que, por otros caminos, estaban o están llegando a desarrollar una práctica revolucionaria desde hace algún tiempo.

Cuestionar ese proyecto, o aplazar la preocupación por ponerlo de actualidad en el futuro, ya sea en nombre de pasados errores (impaciencia por "juntarse" con éstos o aquéllos) o de las dificultades presentes (y que son ciertamente muchas), significaría negarse a hacer todos los esfuer-

zos posibles para dar pasos, aunque sean pequeños, hacia la construcción de una alternativa revolucionaria a la izquierda del PSOE.

Es cierto que en los proyectos de resolución aprobados se insiste en la necesidad de una política unitaria y de alianzas con otras fuerzas en muchas ocasiones. Pero la insistencia en que, en el terreno del partido "la prioridad del próximo período es el reforzamiento de la LCR como partido estatal" (B.1) lleva a pensar que se trata de oponer una firme barrera a todo lo que suponga intentar repercutir los éxitos en la política unitaria en un proceso de acercamiento político y orgánico con otras fuerzas. Y esto, en un partido pequeño como el nuestro, está permitiendo ya una lectura peor aún de la defendida por la dirección.

En mi opinión, las perspectivas de aquí al 87 pueden ser semejantes a las presentadas por la mayoría de la dirección, pero con dos salvedades importantes: la primera es que, aunque la radicalización sea todavía dispersa en gran parte, el estímulo que puede ejercer el desarrollo del movimiento por la paz para buscar una



respuesta a la política del gobierno, junto al mantenimiento de la resistencia de sectores del movimiento obrero y de otros movimientos (como el vasco), puede ser un elemento muy positivo de la situación que los revolucionarios deben intentar recoger sin reservas; segundo, que en las condiciones de debilidad mutua de las diferentes corrientes y fuerzas que se mueven a la izquierda del PSOE, nuestro partido debe y puede aparecer como una organización dispuesta a obrar en favor de una nueva alternativa política en la que tengan cabida las principales componentes de vanguardia de los actuales movi-

mientos. Sin esta actitud —que no se opone a la construcción y reforzamiento de la LCR, sino que es la condición de que esa tarea no conduzca a la consolidación de una secta—, la izquierda comunista corre el riesgo de aumentar las distancias y las diferencias con otras corrientes y de quedarse sin respuesta frente a proyectos electorales que, por muy criticables que sean, tratan de buscar "su" solución a un problema real: ¿cómo llegar a expresar políticamente el descontento y el desgaste que sufre este gobierno en amplias capas de la población trabajadora y juvenil? □